

Eloy Cebrián Presentación:

Hace un par de semanas leí una especie de tertulia entre tres conocidos escritores españoles en el suplemento Babelia de El País. Había mucha especulación sobre en qué consiste la literatura contemporánea y la importancia que tiene. Todo muy abstracto y, puesto que eran escritores que hablaban bien, bastante persuasivo. Tres cosas me quedaron en la cabeza. Tres preguntas.

- 1) En el mundo global, ¿qué importancia tiene lo local?
- 2) ¿Cómo se puede definir calidad en la época del internet?
- 3) ¿Qué quieren los lectores de hoy? Y la contestación mas insistente a esta última pregunta fue: “un nomadismo estético,” es decir, algo que “hable con códigos que están en su vida cotidiana. Piden en definitiva que el escritor no se crea escritor, que les cuente las cosas como si fuera una persona mas.”

Bueno, finalmente me cansé de todo esto, pero no sin antes pensar en el libro y el escritor que tenemos con nosotros hoy.

- 1) Lo local, lo más particular de lo local, siempre tendrá importancia puesto que una de las paradojas mas fértiles de la literatura es que sólo a través de lo particular – sea en Albacete o Nueva York – se va a llegar a lo universal. Lo más particular será lo más universal, si lo particular ha sido elegido por un escritor fuera de lo común.
- 2) En segundo lugar. Hace falta, entonces, un escritor – y no un malabarista de códigos – para hacer esa elección y para desarrollarla con inteligencia e imaginación – fuera de lo común.

- 3) Más allá del estilo, de elegancia o gracia de expresión, la calidad en la literatura siempre se basará en lo bien que un escritor pueda descifrar las complejidades e iluminar las oscuridades del ser humano.

Los cuentos recogidos en Comunión, escritos por Eloy Cebrián, son cuentos de una gran particularidad, desarrollados con inteligencia e imaginación, que nunca dejan de arrojar luz en los recovecos más oscuros y complejos del ser humano. Tienen ternura de sobra pero carecen por completo de sentimentalidad. Todos sus personajes buscan una comunión de alguna forma, y aunque no todos llegan a conseguirla, sí obtienen un atisbo, una muestra, de lo que podría ser. Hay ecos de Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez, pero son cuentos que me hacen pensar en dos escritores norteamericanos, y sé que Eloy es un gran amante de la literatura norteamericana.

El primero de ellos es Sherwood Anderson, maestro de Ernest Hemingway y William Faulkner, que no es poca cosa, y que escribió entre muchos otros libros una colección de cuentos que se llama Winesburg, Ohio. Winesburg es un pueblo de solitarios, tan solitarios como el narrador del cuento de Eloy, "Anamorfosis," quien se describe como, "el más solitario de los hombres." Los de Anderson, tratado con gran cariño, tienen un fuerte deseo de romper su soledad y unirse con los demás, pero no pueden. La soledad (donde todos empezamos, en la soledad del seno materno, y a adonde la protagonista de otro cuento de Eloy "Iqual que entonces" quiere volver) los tiene cautivados.

El segundo escritor norteamericano que claramente ha tenido una influencia sobre Eloy es Raymond Carver, otro hombre que trata mucho

de este tema de la soledad (en el cuento "What We Talk About When We Talk About Love" ("De qué hablamos cuando hablamos de amor") dice que el hombre enamorado es como un hombre atrapado en una armadura. Quiere ser el héroe de su enamorada pero no puede escapar de sí mismo (y muere ensimismado). Pero algunos de los personajes en su último libro de cuentos, *Catedral*, sí pueden escapar y hacer contacto con el otro, sea con las manos en una masa de pan, como en "A Small Good Thing," ("Parece una tontería") o con una mano encima de la mano del otro, un ciego, mientras dibujan juntos una catedral. Los momentos de comunión, honestamente logrados, siempre son momentos de celebración humana, aunque pueden parecer de poco consuelo después de tanta pérdida.

Simplificando un poco, se puede dividir los cuentos de Eloy Cebrián en los que acaban en una comunión de alguna forma y los que queden cortos. En el primer cuento del libro, por ejemplo, "Sonidos en un piso vacío," tenemos dos enamorados que no llegan a tocarse, aunque entre ellos pende una cuerda para tender la ropa – un toque doméstico genial. Del piso vacío que los separa salen sonidos muy raros, y por fin llega a ser el escenario de una pareja haciendo amor, "pero multiplicado por cien o por mil," que es justamente el sonido del deseo de los dos protagonistas reprimido. Pero muy a lo Sherwood Anderson, los enamorados no pueden romper su armadura.

Este es un cuento más bien cómico, y hay otros por el estilo, sobre todo el último, "Libélula", cuando la ironía gana y el protagonista no puede responder a su deseo más profundo. Pero la gran mayoría de los cuentos en esta joya de libro son cuentos que pulsan la cuerda humana en su registro más profundo y elegíaco.

Lástima no tener tiempo de citar a todos, pero, sí que quiero mencionar dos. Uno es el más corto del libro, “Las Luciérnagas,” y trata de un hombre cuya vida se ha enfriado tanto como los pies de su esposa en la cama. Está envejeciendo. No puede dormir. Se levanta. Va deambulando por la casa como un fantasma de sí mismo. Suena el teléfono. Un número equivocado, pero una mujer insiste en darle las gracias por una noche fabulosa, la noche de su vida. Cuelga. Más solo que nunca, el hombre sale a su balcón para fumar un pitillo. Enciende el pitillo, y en este momento ve luces encendiendo pitillos en los balcones de alrededor. Otros noctámbulos, tan solos como él, pero juntos forman una unidad y logran una comunión fugaz.

En “Objetos Personales” los protagonistas son teléfonos móviles en el Ave entre Madrid y Sevilla. Muy a lo Raymond Carver, Eloy va tejiendo cuatro fragmentos de cuentos en tapiz. El fragmento más poderoso de todos, el que produce más pena y gloria, trata de una mujer cuya madre padece de Alzheimer. La llamada es sumamente frustrante porque la madre no tiene idea quién la llama. Entonces se le ocurre a la hija lo que tiene que hacer. Ella, a través de las memorias de su niñez, será la memoria de su madre. Dice: “A mí me gustaría poder olvidar. Aunque no voy a hacerlo, mamá. Porque aquel día que decidí volver contigo también tome la decisión de convertirme en tu memoria... Igual que he guardado ese recuerdo en el que estamos tú y yo en la azotea de nuestra casa, con las sábanas tendidas revoloteando a nuestro alrededor y aquella luz de finales de la primavera, un resplandor tan fuerte que parece iluminar el alma de las cosas. Un momento de felicidad perfecta, madre... Quédate con el todo el tiempo que puedas. Procura no perderlo. Mañana habrá otro y estaré a tu lado otra vez...”

Seguramente serán cosas que la hija no le decía a su madre antes, pero que le está diciendo ahora. En este momento la hija se ha escapado de la torre de su soledad (la torre que da título al cuento más simbólico y borgiano de la colección) y ha logrado una comunión.

Éstos son cuentos de una gran belleza, una gran delicadeza, y una rica y sobria profundidad.